

# Los rebeldes construyen su Estado de la nada

Diplomáticos y profesionales se suman a la actividad política

JUAN MIGUEL MUÑOZ, **Bengasi**  
ENVIADO ESPECIAL

Desde los cimientos. Los sublevados contra Muamar el Gadafi acometen una empresa descomunal, porque en Libia no se trata de derrocar a un dictador y a su camarilla corrupta, como en Túnez. No es cuestión de impulsar reformas democráticas bajo la tutela del Ejército, como en Egipto. En Libia, gestionada durante 41 años como una finca familiar por Gadafi, carente de Parlamento, partidos políticos, asociaciones civiles, y sin Ejército, el camino que emprenden los alzados contra el líder de la Yamahiriya —el Estado de las masas— adquiere tintes épicos. “Carecemos de experiencia”, admite un portavoz del Consejo Nacional, el embrión de las instituciones políticas que pretenden instaurar para desembocar en el Estado laico y democrático que propugnan. Y tampoco abundan dirigentes capaces, curtidos y aceptados por los cinco millones de libios. La ruptura con el régimen ha de ser de raíz, un borrón y cuenta nueva que exige una condición sine qua non: la caída del tirano.

Pocos años después del golpe del 1 de septiembre de 1969 —aplazado un día porque el designio del coronel coincidía con un concierto de la mítica cantante egipcia Um Kulsum—, el coronel que defenestró al rey Idris se retiró al desierto a meditar, parió el Libro Verde e implantó un modelo en el que los temidos Comités Revolucionarios ejercían como órganos omnipresentes

de la dictadura. El 15 de febrero comenzó el vuelo. A partir de esa fecha, y en unas pocas jornadas, las sedes de los cuerpos de seguridad y determinados organismos oficiales —sin pillaje de propiedad privada— fueron arrasadas por el fuego. Fue lo más sencillo. Ahora deben construir un país que desconoce el debate político.

Sin tiempo que perder en un país que sufre la huida de cientos de miles de inmigrantes, la mano de obra de una economía que se hunde, los insurrectos anunciaron en Bengasi el nacimiento del Consejo Nacional: 31

Los alzados intentan fundar instituciones en el erial creado por Gadafi

La representación exterior es urgente para poder adquirir armamento

personas, 18 de ellas en la clandestinidad, no sea que los Comités Revolucionarios, acusados ayer de la detención de cientos de personas en Zauiya y Trípoli, den con sus huesos.

Ese Consejo se mostró, sin embargo, poco efectivo, amén de algunas disputas internas que emergieron a la hora de decidir si se negociaba alguna escapatoria para Gadafi. “El Consejo ha

sido útil para mantener la cohesión. Es normal que al principio existan diferentes puntos de vista. No es fácil que todos acepten la autoridad del Consejo”, comenta Mustafá Gheriani, incansable portavoz. Ahora, muchos diplomáticos, economistas y profesionales se están sumando a la actividad política. Necesitan con urgencia un Gobierno que les represente fuera de sus fronteras. “Así demostraremos al mundo que atravesamos un periodo transitorio que terminará con las elecciones”, añade el vocero.

Nadie mejor que los exiliados y los militares que se opusieron al sátrapa para que se abran puertas en las capitales europeas y en Washington. Sin esos nuevos vínculos es inviable adquirir armamento y firmar contratos petroleros. Gadafi ha tildado de “perros” a estos hombres —mujeres apenas aparecen en la vida política en una sociedad sumamente conservadora— que suscitan el consenso de los libios por haber purgado décadas en prisión o por proceder de la diáspora, de donde regresan desde hace pocas semanas.

Mahmud Yibril apunta a primer ministro. Fue quien logró que Francia reconociera al Consejo Nacional como el Ejecutivo legítimo de Libia y quien intentó promover reformas desde el interior del régimen. Renunció asqueado. Tampoco confirmado oficialmente, Jalifa Hafter, más de 20 años de residencia en Estados Unidos, encabezaba el Ejército Nacional Libio, un movimiento armado de escaso éxito. Está libre de toda sospecha. Le



Un grupo de rebeldes junto a una hoguera en la que queman ropa de soldados de Gadafi, en la carretera Bengasi-Ajdabiya.

/GORAN TOMASEVIC (REUTERS)

besan los ancianos. Con seguridad ocupará la cartera de Defensa en el Gobierno de transición. Ali Tarhuni apunta a ministro de Hacienda. Licenciado en la Universidad de Washington, ha vivido ya muchos años en EE UU. Y Ali al Isai se baraja con firmeza como jefe de la diplomacia. Era embajador en India hasta que dimitió nada más estallar la revolución. Como lo

hizo Abdelfatah Yunis, camarada de Gadafi en el golpe de 1969 y que, según mandos militares, será jefe del Estado Mayor.

Es solo el comienzo. Los escollos son enormes porque, además, la brecha generacional es patente entre estos líderes en ciernes —bien formados académicamente y políglotas— y una juventud que padece el deterioro de un sistema educativo que durante años prohibió la enseñanza del inglés o francés. “Lo más difícil”, opina Gheriani, “es controlar a los jóvenes. No reconocen a Yunis como jefe militar, y tienen reservas sobre Mustafá Abdelyalil, presidente del Consejo Nacio-

## Nada más que la resolución 1973

SAMI  
NAÏR



La intervención de las fuerzas francesas, inglesas y estadounidenses, seguida por la de la mayoría de países europeos menos Alemania (la cual, decididamente, adopta cada vez más el papel de una superpotencia solitaria, a semejanza de su comportamiento en la crisis económica europea y mundial), nada tiene que ver con el funesto “derecho de injerencia” que las potencias occidentales han querido arrogarse desde la caída de la Unión Soviética, ni con una voluntad hegemónica cualquiera de tal o cual otra potencia europea en el Mediterráneo. Aunque se puedan concebir muchos cálculos, urdidos con el hilo de los problemas de política interior y de los posicionamientos para los intereses petroleros en la Libia de mañana, lo que está en juego en la intervención supera esos juegos cínicos y acabará por desbordarlos.

Ha hecho falta intervenir en primer lugar para evitar una masacre de la población civil de Bengasi por parte de Gadafi, quien se lo había prometido y a la que había dado ejemplo en las ciudades que sus partidarios habían vuelto a sitiar. Se ha evitado sencillamente un nuevo Ruanda. La onda de choque democrática que por fin atraviesa el mundo árabe y que suscita ya en su contra la alianza sagrada de todos los regímenes dictatoriales, de Arabia Saudí a Libia, habría encontrado además un potente obstáculo en la derrota de los insurrectos libios. Eso no es secundario, puesto que las masas se sublevan en el mundo árabe no contra unos regímenes que son la expresión de la voluntad popular, sino contra unos poderes que violan sistemáticamente su derecho a elegir democráticamente su destino. En Libia, el principal obstáculo para el ejercicio de la soberanía popular es el régimen dictatorial de Gadafi.

Por último, y esa precisión no es secundaria, la intervención no es una guerra ofensiva, puesto que no pretende atacar deliberadamente a un adversario definido como enemigo de las potencias involucradas contra él. Es el Consejo de Seguridad de la ONU el que ha dado la autorización, a unos países que se han declarado dispuestos a asumir la responsabilidad, de intervenir para proteger a unas poblaciones civiles amenazadas por unas fuerzas de destrucción militar incomparablemente más potentes.

El mandato de la resolución 1973 es muy claro: creación de una zona de exclusión aérea, protección de las poblaciones civiles amenazadas. Todo eso, y nada más que eso. La dirección política de las operaciones, contrariamente a lo que algunos pretenden, queda en manos del Consejo de Seguridad, de las potencias interventoras y de la Liga Árabe. La OTAN participará probablemente en esta operación, pero es el precio que EE UU y sus aliados querrán hacer pagar a Francia para implicarla aún más, tras su vuelta a las estructuras militares de esta organización, en el seno militar

Hay que ayudar a las fuerzas democráticas con el envío de armas y de información

occidental. Sobre este asunto, hay que decir que Francia tiene toda la razón; hacer participar a la OTAN es mandar una muy mala señal a la opinión pública árabe y, tarde o temprano, puede actuar contra la escalada de las luchas democráticas. Las posturas de Turquía, Rusia y China están dictadas de manera muy directa por sus intereses económicos, sin tener en cuenta la voluntad democrática del pueblo libio. El embajador ruso en Trípoli, que acaba de

ser llamado a consultas en Moscú, lo ha declarado sin ambages, al subrayar que la abstención rusa en el Consejo de Seguridad costará “miles de millones” a los intereses rusos en Libia. ¡Está claro que el destino de la democracia en el mundo árabe es la última preocupación de este señor!

Queda el problema de fondo: ¿Cómo acabará esta intervención? Todo dependerá de la capacidad de las fuerzas insurrectas para retomar la iniciativa sobre el terreno. Para las potencias implicadas, cuanto más rápido salgan de este avispero, mejor será, puesto que el riesgo de hundimiento es real, y Gadafi utilizará todos los medios a su alcance, incluso la guerrilla. Hay pues que hacer todo para ayudar a las fuerzas democráticas con el envío de armas y la transmisión de informaciones para permitirles avanzar sobre el terreno. Actualmente, Francia afirma que unos parientes de Gadafi estarían dispuestos a abandonarle, cosa que abriría una posible vía de negociaciones. Hay que explorar esta pista, pero sin demasiadas ilusiones, puesto que hay que tratar con un poder tribal, en el que la lógica de las solidaridades tribales supera con frecuencia la racionalidad de los cálculos políticos. Hay que hacerlo todo, por último, para evitar una división de Libia, pero si esta solución acabara prevaleciendo, la ONU debería entonces imponer unas fuerzas de interposición.

Traducción de M. Sampons.